

*Ponencia presentada en el VI Congreso de la  
Asociación Uruguaya de Ciencia Política (AUCIP)  
“Democracias en América Latina: avances, giros y contramarchas”  
10 al 12 de julio de 2019, Montevideo.*

## **El ascenso de Bolsonaro en Brasil: su electorado en las redes y las mutaciones históricas del antipetismo**

Dolores Rocca Rivarola  
(IIGG-UBA/CONICET)  
[doloresrocca@gmail.com](mailto:doloresrocca@gmail.com)

### **Resumen**

La presente ponencia reflexionará sobre el ascenso electoral de Jair Bolsonaro en Brasil en 2018, analizando diferentes aspectos de su campaña electoral, atendiendo también a algunas características de los resultados del primer y segundo turno y, finalmente, describiendo la interacción de sus seguidores y seguidoras en la red social *Facebook* en el período electoral. A partir de esas observaciones, se argumentará acerca de las mutaciones del antipetismo entre la elección presidencial de 1989 y la campaña electoral de 2018, intentando recorrer distintos momentos o incluso hitos de esas transformaciones. La hipótesis de trabajo de la que se parte es que el miedo a la izquierda que nutría centralmente el antipetismo en 1989 fue progresivamente diluyéndose con el triunfo de Lula en 2002 (y ya antes con algunos cambios organizativos y discursivos por parte del PT), para ser sustituido, en su centralidad dentro del antipetismo, a partir del Mensalão, por otro elemento, la crítica a la corrupción, forjándose más y más la idea de que el PT había llegado al gobierno para robarse recursos públicos. Esa crítica habría ganado fuerza también a) porque el escándalo deshacía en parte un discurso y un modo de autopresentarse del PT, sobre todo en los años noventa que se autodistinguía de las demás fuerzas partidarias en términos morales; y b) porque los gobiernos petistas mostraron una y otra vez, mientras sacaban a millones de la pobreza, que no iban a amenazar algunos intereses económicos. Poco menos de una década después, en la crisis y protestas de 2013, 2015 y 2016 (y la suspensión de Dilma Rousseff), empezaron a aparecer, todavía incipientemente, algunos clivajes étnicos, sociales y de género en las manifestaciones callejeras, observándose ya una reivindicación de valores tradicionales en el antipetismo, pero el rechazo a la corrupción parecía todavía predominante en la configuración de ese fenómeno. Pero fue la campaña de Bolsonaro la que combinó radicalmente ambas vertientes del antipetismo, portando una suerte de cruzada por valores tradicionales que supuestamente el PT habría puesto en peligro durante sus años de gobierno o que podría amenazar durante un eventual mandato futuro. Así, Bolsonaro consiguió, a fuerza de terrorismo verbal y una dosis de macartismo, proponerse como encarnación de una reacción conservadora, y formatear la crisis brasilera hacia una polarización de valores: familia, nación, Dios, heterosexualidad, jerarquías sociales, etc. versus una supuesta transgresión o cuestionamiento progresivo de los mismos por parte de los gobiernos petistas.

# El ascenso de Bolsonaro en Brasil: su electorado en las redes y las mutaciones históricas del antipetismo<sup>1</sup>

Dolores Rocca Rivarola  
(IIGG-UBA/CONICET)  
[doloresrocca@gmail.com](mailto:doloresrocca@gmail.com)

Perdieron en el '64, perdieron ahora [...] por la familia y por la inocencia de los niños en las aulas. Contra el comunismo, por nuestra libertad, contra el Foro de San Pablo [...] por la memoria del coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra<sup>2</sup>, el pavor de Dilma Rousseff.

[Diputado Jair Bolsonaro, discurso de justificación de su voto en el proceso de *Impeachment* a Dilma Rousseff].

Y cuando hay que explicar por qué no es posible elegir a un candidato que haga estas declaraciones y se las crea, la batalla ya está perdida. ¿Explicar que una mujer no nace del desliz de un hombre ni debe cobrar menos porque se queda embarazada? ¿Explicar que no es mejor que un hijo muera en un accidente a que sea gay? ¿Explicar que no se puede decir que un negro no sirve ni para procrear? ¿Explicar que no es posible matar y torturar? No tiene sentido tener que explicar esto.

[Eliane Brum, “Cómo resistir en tiempos brutos”, *El País*, 9/10/2018].

## I. Introducción

El 7 de octubre de 2018, Brasil se ponía en boca del mundo entero, cuando Jair Messias Bolsonaro, candidato impensable unos meses antes, obtenía el 46% de los votos, entrando como vencedor provisorio al segundo turno electoral. Ex capitán del ejército, defensor del golpe militar de 1964 y apologista de la tortura a detenidas y detenidos políticos que aquel régimen había implementado, homofóbico reconocido y autor de numerosas expresiones de intolerancia respecto de otras franjas de la población brasilera, Bolsonaro había logrado capitalizar el rechazo al Partido de los Trabajadores y al propio sistema político que venía cobrando forma y acumulándose hacía por lo menos cinco años.

---

<sup>1</sup> Una primer idea, muy preliminar, en torno a la hipótesis aquí presentada fue esbozada en la mesa “Brasil 2018: Bolsonaro y la escena democrática”, el 15/11/18 en las IV Jornadas de Estudios de América Latina y el Caribe “*América Latina: entre el asedio neoliberal y los desafíos emancipatorios*”, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

<sup>2</sup> Ustra, fallecido el año anterior al impeachment, había comandado el llamado DOI-CODI [*Departamento de Operações de Informações - Centro de Operações de Defesa Interna*], organismo del ejército que concentró una parte significativa de las torturas y asesinatos de presos políticos durante la dictadura militar brasileña. El militar había comparecido en 2013 a una Comisión de Verdad, pero negó allí cualquier tipo de participación en crímenes, resaltó que él había “combatido al terrorismo” y eligió el silencio ante la pregunta sobre métodos específicos de tortura.

Con la exclusión de Lula de la contienda, dada su condena en segunda instancia en una causa judicial que en 2019 quedaría duramente cuestionada a partir de la filtración de conversaciones e intercambios indebidos entre el juez y el fiscal, el proceso electoral fue asistiendo al fortalecimiento progresivo de Bolsonaro en las encuestas. Y luego, con el triunfo en segunda vuelta, el candidato superaba así el límite que una parte sustantiva de las y los analistas –quien suscribe incluida– creía difícil de vulnerar (tal vez en un raptó excesivo de fe en la humanidad): la polarización binaria planteada en términos de democracia y derechos populares versus autoritarismo.

Esta ponencia se propone reflexionar sobre ese proceso de ascenso electoral de Jair Bolsonaro en Brasil en 2018, desplegando un argumento acerca de las mutaciones que el rechazo al Partido de los Trabajadores o antipetismo ha experimentado en los últimos 30 años.

La hipótesis de trabajo de la que se parte es que el miedo a la izquierda que nutría centralmente el antipetismo en 1989 (primer momento) fue progresivamente diluyéndose con el triunfo de Lula en 2002 (y ya antes con algunos cambios organizativos y discursivos por parte del PT), para ser sustituido, a partir del denominado *Mensalão*, por otro elemento que cobraría centralidad como matriz del antipetismo: la crítica a la corrupción, acompañada de la idea de que el PT habría llegado al gobierno para robarse recursos públicos o para usarlos con el propósito de sostenerse en el poder.

En esa segunda etapa del antipetismo, entonces, por un lado, el anterior discurso moral del PT (muy vigente en la década del '90) auto distinguiéndose de las demás fuerzas partidarias quedaba progresivamente desacreditado. Y, por otro, el clivaje ideológico perdía fuerza ante administraciones petistas que mostraban una y otra vez que, mientras sacaban a millones de la pobreza, no iban a amenazar, sin embargo, algunos intereses económicos.

De forma incipiente en la crisis y protestas de 2013, pero incrementando su presencia en las posteriores manifestaciones más claramente antipetistas de 2015 en adelante, aparecían, en el antipetismo movilizado en las calles y activo en las redes sociales, algunos clivajes étnicos, sociales y de género, postulándose una reivindicación de carácter conservador de ciertos valores. El rechazo a la corrupción, por su parte, seguía siendo predominante en la configuración del antipetismo, pero parecía ahora comenzar a combinarse con una matriz ideológica aun difusa pero intensa.

Fue la campaña de Bolsonaro la que terminó de combinar explícita y radicalmente ambas vertientes del antipetismo, portando una suerte de cruzada por valores tradicionales que supuestamente el PT habría cuestionado durante sus años de gobierno o que podría amenazar durante un eventual mandato futuro. Valiéndose de cierto terrorismo verbal, una intensa religiosidad en su discurso y una dosis de macartismo, Bolsonaro se propuso como encarnación de una reacción conservadora, y reformateó la crisis brasilera hacia una polarización de valores, en la que la familia, la nación, Dios, la heterosexualidad, y otras pautas socio-culturales eran presentadas como enfrentando una supuesta transgresión o cuestionamiento por parte de los gobiernos petistas y de su dirigencia.

Las observaciones alrededor de las transformaciones que postula esta ponencia se fundamentarán través del relevamiento bibliográfico, el análisis de distintos elementos de su campaña electoral, los mensajes del candidato y la exploración del comportamiento e interacción de sus seguidores y seguidoras en la red social *Facebook* en el período electoral.

## **II. Antipetismo: antecedentes**

El rechazo al PT o antipetismo en Brasil ha sido abordado como objeto de estudio por algunos trabajos específicos, pero también, más frecuentemente, ha sido mencionado o interpretado en análisis más generales acerca de otros temas relacionados.

El abordaje, entonces, de este fenómeno por parte de la literatura existente puede ser estructurado en, por lo menos, tres ejes que resultan sugerentes para los interrogantes de esta ponencia: 1) el comportamiento electoral antipetista; 2) el activismo anti PT o antipetismo movilizado –en las líneas editoriales de distintos órganos de prensa escrita, en las movilizaciones del período 2013-2017 y también en la intervención política de las iglesias evangélicas (que mantuvieron una relación oscilante con el partido y los gobiernos de Lula y Dilma Rousseff); y, finalmente, 3) la articulación o asociación histórica entre el antipetismo y el anticomunismo.

### *Comportamiento electoral antipetista*

En un contexto brasilero de abundante producción académica en torno al debate sobre los niveles de *partidarismo* en el comportamiento electoral –es decir, alrededor de

la pregunta de si la ciudadanía ha venido votando, desde la redemocratización, con un criterio partidario (de identidad o al menos simpatía por alguna fuerza política) o bien con una orientación personalizada, en liderazgos populares–, un grupo de trabajos ha reflexionado sobre el carácter, perfil y sentido del voto antipetista o directamente asociado con el rechazo explícito al PT.

Entre ellos, el reciente libro de Samuels y Zucco (2018), que argumenta que el sistema partidario en el electorado brasileño tiende a girar alrededor de actitudes a favor o en contra del PT (algo que no se replica en el caso de otros partidos), el cual ha generado amplios e intensos apoyos, así como también un considerable rechazo. Para los autores, sin embargo, las diferencias entre el voto petista y antipetista no residen en distinciones demográficas o sociales, y no puede ser reducido a la polarización entre conservadores y progresistas (*liberals*, en inglés), dado que estos clivajes atraviesan a ambos grupos internamente.

Antes, el estudio de Paiva, Krause y Lameirão (2016) sostuvo que esa fracción del electorado que rechaza al PT no es necesariamente la misma que la antipartidaria (que expresa un descontento con los partidos en general), y que, por otro lado, socio-demográficamente tiende a ser una población con mayores niveles de ingreso y educativos, así como también más blanca<sup>3</sup>. Braga y Casalecchi (2016) argumentan que el electorado “perdedor” de 2014 de cuño antipetista muestra más chances de insatisfacción con la democracia, especialmente entre habitantes de la ciudad de San Pablo.

Por otro lado, trabajos como el de Ribeiro, Carreirão y Borba (2016), así como también Borges y Vidigal (2018) han formulado observaciones en relación con el aumento del sentimiento anti PT en el electorado. Para los primeros, el antipetismo se destacó en el marco de un declive general de la simpatía por los partidos (por algún partido) hacia las elecciones de 2014. Para los segundos, que miran la evolución del comportamiento en el voto entre 2002 y 2014, el incremento del antipetismo electoral, que juzgan muy heterogéneo, no debe ser entendido como un crecimiento de la derecha extrema, sino en base a una evaluación negativa de los gobiernos del PT. Cabría volver sobre ese interrogante a la luz del proceso electoral de 2018.

---

<sup>3</sup> Esa misma composición socio-demográfica advertirá Motta (2019) en los sectores sociales movilizados contra el PT alrededor de 2018 (en las calles, en las redes sociales, en campaña, etc.) desde consignas que se asemejan a las movilizaciones anticomunistas de 1964 previas al golpe militar. Volveré sobre este trabajo para reflexionar sobre las articulaciones entre históricas entre antipetismo y anticomunismo.

Desde otra perspectiva, el libro de Singer (2018) sobre la crisis del “lulismo” –el autor ya había analizado al “lulismo” en términos ideológicos y sociales como producto de las políticas sociales de los dos mandatos de Lula en un libro previo (Singer, 2012) – desarrolla los factores del proceso de dilución del apoyo al gobierno de Dilma Rousseff, aproximándose, con ello, al antipetismo electoral.<sup>4</sup>

Por su parte, Moretto y Ortellado (2019) coordinaron, desde el *Grupo de Pesquisa em Políticas Públicas para o Acesso à Informação (GPoPAI-USP)*, la encuesta llevada a cabo en marzo-abril con electores declarados de Bolsonaro,<sup>5</sup> cuyos resultados indicaban algunos rasgos distintivos de ese grupo: la adhesión a identidades políticas de derecha, conservadoras y antipetistas, su antagonismo con movimientos sociales identitarios (como el feminismo), la causa de los derechos humanos, e incluso la xenofobia. El sentimiento antisistema, sin embargo, no parecía un trazo inherente a este grupo, como así tampoco la defensa de las reformas económicas liberales propuestas por el nuevo gobierno.

Años antes, en un estudio más general sobre la identificación ideológica en el electorado, Carreirão (2007) afirmaba algo que resulta sugerente para la hipótesis de trabajo de esta ponencia, y lo que aquí se denominará como segunda etapa del antipetismo: entre las elecciones de 2002 y 2006, el peso de la identificación ideológica en el voto disminuía. En el punto III volveré, entonces, sobre ese punto.

Los mensajes antipetistas desplegados en distintos procesos electorales antes de 2002, por su parte, han sido materia de análisis en Filomena (2008), que recoge el discurso antiPT en las elecciones a gobernador de Río Grande do Sul en 1994; y, también, en Mariano y Pireucci (1992), observando la intervención política de las iglesias evangélicas, sobre las que volveré en esta sección, muestran la difusión de un pánico contra Lula y el PT por parte de la campaña de Collor de Mello en 1989.

### *Antipetismo movilizado*

El activismo de rechazo al PT, movilizado en las calles, las redes sociales, la prensa u otros ámbitos de actuación ha sido abordado desde una considerable proliferación de trabajos.

---

<sup>4</sup> Desde un análisis también en términos de clases, Boito y Saad-Filho (2016) analizan la composición social de la reacción antipetista en los últimos años de los gobiernos de Dilma Rousseff, identificando como núcleo de esa reacción a una burguesía internacionalizada y una clase media alta.

<sup>5</sup> Disponible en: <http://www.monitordigital.org/pesquisa/pesquisa-com-eleitores-de-bolsonaro-marcoabril-de-2019/> (último acceso, 17/6/2019).

Miguel y Coutinho (2007) y Azevedo (2018) han examinado editoriales de prensa enfocados en el PT de los diarios *Estado de São Paulo*, *Folha de São Paulo* y *O Globo*. En el primer caso, relevando los editoriales de la época del escándalo de corrupción denominado *Mensalão* para mostrar una intensidad en la impugnación del PT, pero no así del sistema estructural de corrupción política en Brasil. En el segundo, analizando la negatividad o positividad de los editoriales referidos al partido, así como el tipo de encuadramiento (más moral, tildándolo de “corrupto” o ideológico, acusándolo de “populista”) usado en los mismos para referirse al PT a lo largo del período 1989-2002.

Por su parte, el antipetismo presente en los ciclos de movilizaciones callejeras desde 2013, así como en las redes sociales –especialmente en el contexto de las elecciones de 2014–, ha recibido una abundante atención académica. Aunque ambos, calles y redes sociales digitales, no constituyen ámbitos de acción pasibles de una completa compartimentalización, el relevamiento del antipetismo activo en Facebook y otros terrenos de sociabilización digital ha sido abarcado por Ramos (2017), Silveira (2015) y la tesis de Santos Jr. (2016).

La reacción antipetista en las manifestaciones en la vía pública entre 2013 y 2017 –y aspectos como su asociación directa con las consignas anticorrupción, su composición social, y su cosmovisión–, por su parte, ha sido trabajada por Brugnago y Chaia (2015); Tatagiba, Trindade y Teixeira (2015); Delcourt (2016); Telles (2016); Galvão y Tatagiba, 2017<sup>6</sup>; Vizente y Azevedo (2018). Un foco en las apelaciones a las clases medias por parte de organizaciones convocantes de las movilizaciones por el *impeachment*, como el *Movimento Brasil Livre* (MBL) y *Vem para Rua*, puede hallarse en Firmino (2016), mientras que Messenberg (2017) releva las posiciones y definiciones de los formadores de opinión de las manifestaciones de 2015.

Varios de los trabajos mencionados inscriben al antipetismo movilizado entre 2013 y la actualidad en la noción de una “nueva derecha” (Santos Jr, 2016; Delcourt, 2016<sup>7</sup>; Telles, 2016; Galvão y Tatagiba, 2017; Vizente y Azevedo, 2018).

Algunos, asimismo, asocian ese fenómeno con un sentimiento antipartidario creciente de sus protagonistas (Tatagiba et al, 2015; Santos Jr., 2016; Brugnago y Chaia, 2015). Ortellado y Solano (2016), por su parte, argumentan, a través de la realización de

---

<sup>6</sup> Este trabajo, en realidad, examina el proceso de confrontación y movilización social más general en el país, del cual las manifestaciones contra el gobierno de Dilma Rousseff fueron una parte.

<sup>7</sup> Delcourt ve emerger, al interior de las manifestaciones de 2013, una nueva derecha en la que encuentra aires de familia con el *Tea Party* estadounidense.

encuestas a manifestantes de 2015, que el rechazo no era sólo al PT sino a todo el sistema político, impugnando con esa afirmación lo que consideran análisis binaristas PT/antiPT sobre esas movilizaciones. Y advierten una disociación entre la orientación ideológica liberal y privatizadora de sus convocantes, por un lado, y las opiniones de quienes participan de las protestas.

Un año después, Solano, Ortellado y Moretto (2017) sostienen, en torno a las manifestaciones en marzo de 2017, ya destituida Dilma Rousseff, que ya sí puede advertirse un antipetismo y sentimiento antipolítica, conservador y punitivista (aunque no neoliberal) en quienes se movilizaban en apoyo al *Lava Jato*. Para la autora y los autores de ese trabajo, esas manifestaciones y aquellas en contra de la reforma previsional que impulsaba el entonces gobierno interino de Michel Temer, exhibían la emergencia de “guerras culturales” (término acuñado por Hunter, 1991), en las que gana prominencia en el debate público el antagonismo en torno a la moralidad sexual y derechos individuales (homosexualidad, aborto, etc.) y el punitivismo o endurecimiento frente a otros temas más económicos o sociales.

Un último actor colectivo que ha nutrido por momentos las filas del antipetismo movilizado en Brasil fueron las iglesias evangélicas. Ello, en el marco de una relación oscilante en torno al partido y sus liderazgos, que implicó alianzas y hasta la incorporación de sus figuras a ministerios de los gobiernos de Lula y Dilma, y luego, no obstante, una marcada cohesión interna como bloque en el Congreso a la hora de promover y pronunciarse por la destitución de Rousseff.<sup>8</sup>

En su tesis, Lacerda (2017) examina la movilización política de las iglesias evangélicas en Brasil entre 1998 y 2014, interviniendo incluso con candidatos electorales propios. Villazón (2015) y Mariano y Gerardi (2019), por otra parte, reflexionan sobre el evangelismo –y más específicamente el pentecostalismo, al que atribuyen la conformación de una nueva derecha cristiana– en tanto factor político en distintos países de América Latina, incluido Brasil. Aunque estos últimos identifican el antipetismo de estos actores religiosos ya desde 1989 (elecciones presidenciales), advierten una radicalización a partir de 2013, giro que resulta sugerente para la hipótesis de trabajo que sostiene esta ponencia. Y para aquella confrontación electoral Lula-Collor de 1989, Mariano y Pierucci (1992), ya mencionados más arriba en esta sección,

---

<sup>8</sup> Mariano y Gerardi (2019) contabilizan el voto a favor del *impeachment* al interior de la bancada evangélica en un 89%.



indagan la actuación específica de las iglesias pentecostales en una campaña de difusión de miedo en torno a lo que podía significar un eventual triunfo del PT.

Por otro lado, los alcances y limitaciones de las iglesias evangélicas en tanto máquinas electorales en las recientes elecciones de 2018 –caracterizadas por la explotación, por parte de la campaña de Bolsonaro, de clivajes muy caros a los principios morales evangélicos– son materia de debate.

Mientras que Prandi, Santos y Bonato (2019), al igual que Mariano y Gerardi (2019), enfatizan la capacidad y eficacia de los pastores y sus instituciones (desde las propias iglesias o templos, hasta un canal de TV propio, la *Rede Record*) en la incidencia sobre el comportamiento electoral evangélico, Almeida (2019) argumenta que en 2018, más que una tracción por parte de la dirigencia pentecostal, previamente se produjo desde abajo (desde la feligresía) una confluencia hacia la candidatura de Bolsonaro. En otros términos, según Almeida, las declaraciones de apoyo de los líderes religiosos (Edir Macedo, por ejemplo, que lo hizo una semana antes del primer turno) fueron más una reacción a ese voto ya movilizado o reorientado que un direccionamiento efectivo del mismo. Lo cierto es que, según muestra el mismo autor, mientras que el voto católico en el segundo turno de 2018 se dividió de modo bastante equilibrado entre Haddad y Bolsonaro (alrededor de 29 millones a cada uno), entre el electorado evangélico, en cambio, el caudal obtenido por Bolsonaro duplicó al recibido por Haddad (21 millones contra 10 millones).

### *Anticomunismo y antipetismo*

El último eje en el que resulta relevante, por lo menos para la hipótesis de esta ponencia, agrupar la producción académica acerca del antipetismo, es la relación o asociación histórica entre éste y la matriz anticomunista.

Como ha sido anticipado, nuestro hilo argumental acerca de las transformaciones experimentadas por el antipetismo sustentará la noción de que el anticomunismo fue un rasgo del mismo en un primer momento (1989) y, luego de una etapa de dilución de esa asociación, fue reactivado en un tercer período a partir de la crisis política de 2013/2014, con un manifiesto clímax en las elecciones de 2018.

Además de trabajos que se han dedicado a desentrañar el activismo anticomunista en Brasil, como la tesis de Motta (2000) –que revisa los elementos, imágenes y características históricas del anticomunismo–, o como el trabajo de Kaysel (2015) –que traza algunas líneas o “balizas” para una genealogía de las derechas en el

país, incluido el anticomunismo—, otros estudios han rastreado las vinculaciones históricas o coyunturales entre ambas matrices, la antipetista y la anticomunista, y cabe aquí evocarlos.<sup>9</sup>

Azevedo (2018), trabajo ya mencionado, encuentra que, en el primer período de su análisis (es decir, antes de la llegada de Lula al gobierno), el encuadramiento predominante en los editoriales referidos al PT de los tres principales diarios brasileños era criticar ideológicamente al partido por su izquierdismo, calificándolo como “radical/populista”. Y luego argumenta que ello fue cambiando durante el gobierno petista, cuando el encuadramiento pasó a ser de carácter más moral, caracterizándolo como una organización inherentemente corrupta.

Otros estudios han aludido a la emergencia y movilización de discursos e imágenes anticomunistas contra el PT, asociándolo, sobre todo, a los gobiernos venezolano y cubano, ya sea durante las elecciones de 2014 (Santos Jr, 2016), y por parte no de la dirigencia o candidaturas sino del activismo de base (Brugnago y Chaia, 2015); o bien en el marco de las movilizaciones contra el gobierno de Dilma Rousseff o el contexto *pre-impeachment* (Cavalcante, 2015; Pereira, 2017; Girelli, 2018). Para el proceso electoral de 2018, por su parte, se ha identificado un retorno del imaginario anticomunista a la confrontación política brasileña, y una íntima articulación de aquél con el antipetismo, tanto desde la propia campaña oficial de Bolsonaro como también por parte de sus seguidores y seguidoras en las redes sociales (Sousa Jr, 2019; Motta, 2019).

Aunque la multiplicación de estudios enfocados en las elecciones de 2018 y en comprender el ascenso de Bolsonaro es un recorrido que recién se inicia, cabe mencionar, por el momento, algunos cuyas interpretaciones han resultado de utilidad para entender el proceso que esta ponencia analiza.

En primer lugar, las reconstrucciones de Almeida (2019) y Hunter y Power (2019), que exploran una diversidad de elementos sobre el período de campaña, las estrategias y discurso de Bolsonaro y del PT, y su incidencia respectiva sobre los resultados.

---

<sup>9</sup> Además de los trabajos de investigación, dos artículos de opinión recientes han resultado estimulantes para pensar y discutir a la luz de los argumentos de esta ponencia. Encontrando en el antipetismo una herencia del anticomunismo, Silva y Lentz (2018) hablan de una tercera gran ola anticomunista en Brasil desde 1989 (luego de la primera, en 1917, con la revolución rusa, y en 1935, con el levantamiento de Prestes; y de la segunda, en los años '60 y hasta el golpe de 1964). Oliveira (2018), por su parte, identifica un proceso de refundación del antipetismo, apropiado por el bolsonarismo. Volveré sobre los detalles del itinerario que construyen, para discutir algunas de sus premisas y postular matices.

En segundo lugar, el ejercicio comparativo de Borba y Medeiros (2019) sobre el cambio de legislación en torno al *Horario Gratuito de Propaganda Eleitoral* (HGPE) entre 2014 y 2018, cuando se recortó el tiempo asignado a las fuerzas políticas en la radio y la TV. Estos autores argumentan cómo el mismo derivó en menos presentación de propuestas, menos discusión de problemas y más personalización de la campaña, diluyendo el potencial educativo del HGPE sobre el electorado, y desplazando el centro de la discusión pública a otros ámbitos de campaña.

En tercer lugar, el informe de la Fundación Getúlio Vargas (VVAA, 2018) sobre el uso, durante la campaña de 2018, de *bots*, o tecnologías de envío automatizado de mensajes (a través de mecanismos algorítmicos para generar y comunicar informaciones en lenguaje natural) en distintas redes sociales muestra las limitaciones legales para regular este tipo de prácticas de campaña, que acabaron siendo el medio de propagación generalizada de *fake news* sobre el candidato adversario.

Esos dos elementos, el cambio en la regulación legal del HGPE y el uso de tecnologías automatizadas de envío de mensajes de campaña por whatsapp, se vuelven especialmente relevantes si tomamos en cuenta que el peso relativo de la televisión y las redes sociales mutó drásticamente de 2014 a 2018; que Bolsonaro eludió la participación en los debates televisivos desde que fue atacado con un cuchillo en una recorrida de campaña y hospitalizado (pero, a la vez, se multiplicó su presencia en la TV a partir de esa noticia, cuando el tiempo asignado por el HGPE para su propaganda era originalmente ínfimo); y, que, simultáneamente a uno de los debates (en los que optó por no participar), fue entrevistado individualmente en *Rede Record* (4/10/18).

### **III. Mutaciones del antipetismo**

El antipetismo o sentimiento de rechazo activo al Partido de los Trabajadores no es un fenómeno nuevo en Brasil. Sin embargo, si miramos el período 1989-2018, es decir, entre la elección presidencial de Collor de Mello y la de Jair Bolsonaro, es posible advertir tres momentos diferenciados del antipetismo, marcados por mutaciones en este fenómeno, su contenido o esencia, y su intensidad. Aunque establecer años específicos de inicio y fin de cada uno de estos momentos implicaría forzar una periodización cuyos límites temporales no parecen ser, en la práctica, tan nítidos, podemos, en cambio, hablar de *momentos*, con hitos que los definen o ilustran.

### *Primer momento*

En los años ochenta, o más específicamente, en las elecciones presidenciales de 1989, el antipetismo se nutría del miedo a la izquierda y lo que ésta podía hacer si llegaba al poder. Por ejemplo, con el mito de que una eventual presidencia de Lula derivaría en expropiaciones o en la socialización de los bienes y medios de producción.

Silva y Lentz (2018) consideran al anticomunismo un elemento que ha marcado históricamente la cultura política brasilera (es decir, el conjunto de anhelos, actitudes, valores y creencias de la sociedad brasilera), y, a la victoria de Collor, el inicio de una tercera oleada anticomunista asociada al antipetismo<sup>10</sup>. En esa campaña, afirman, se pintaba a Lula como un revolucionario que atacaría la propiedad privada, aun cuando en realidad el PT nunca había sido un partido de ideología comunista, sino autodefinido o asociado con un “nuevo sindicalismo” independiente del corporativo tradicional o *pelego*, y opuesto al denominado Consenso de Washington.

Un punto culminante en aquel miedo anticomunista en el '89 tuvo lugar el mismo domingo de las elecciones (en el segundo turno entre Lula y Collor), cuando lo que no puede ser definido en otros términos que como una operación política de prensa mostró en la televisión a secuestradores del empresario de los supermercados *Pão de Açúcar*, Abilio Diniz, cuando eran trasladados, después de ser detenidos, vistiendo camisetas del PT. Según la declaración posterior de los detenidos, que denunciaron haber sido torturados, la policía les había puesto las camisetas y había colocado (“plantado” en términos informales argentinos) panfletos del partido a su lado para la cobertura periodística, en un intento de asociarlos políticamente con el candidato petista sin que ese vínculo efectivamente existiera.

La campaña de Collor, además, desarrolló, junto con un involucramiento muy intenso por parte de un sector de la dirigencia de las iglesias evangélicas, la idea de que un gobierno petista sería capaz incluso de atacar la libertad religiosa y amenazar la continuidad de esas congregaciones (Mariano y Pierucci, 1992; Brugnago y Chaia,

---

<sup>10</sup> La primera oleada se habría dado, para los autores, con la revolución rusa y el intento de insurrección de 1935; y la segunda, en los años '60, en un camino hacia el golpe del '64 contra el gobierno Goulart. Una diferencia entre ese planteo y el que presenta esta ponencia es que para los autores 1989-2018 constituye un mismo y único período y, en cambio, aquí se presentará la noción de tres momentos diferenciados, en los que el ciclo de gobiernos petistas marca un intervalo muy diferente, en el que esa matriz anticomunista del antipetismo se diluye temporalmente.

2015).<sup>11</sup> Ello, sobre la base de una supuesta –y exótica– alianza católica-comunista que implicaría una doble amenaza al pentecostalismo.<sup>12</sup> El clivaje político-ideológico del antipetismo evangélico, que tanto peso tendrá, como veremos, en la elección de 2018, se gestó, según ese trabajo y otros (Mariano y Gerardi, 2019) en aquel proceso electoral de 1989.

### *Segundo momento*

El pánico anticomunista que asociaba un posible triunfo del PT a un cambio de sistema económico o colectivización de la propiedad privada se intentó reeditar en 2002, cuando Lula iba creciendo en las encuestas, con episodios como el de la actriz Regina Duarte difundiendo un video en el que afirmaba que tenía miedo de Lula, un sentimiento que no tenía hace tiempo, y llamaba a votar a José Serra, quien le daba “seguridad”<sup>13</sup>.

Pero esa estrategia electoral, que combinaba antipetismo y anticomunismo ya se mostró, para entonces, ineficaz. Ello, por diversos factores.

Uno de ellos fue el esfuerzo sistemático de la coordinación de campaña de Lula por disociar al candidato de ciertos gestos y tradición de izquierda o incluso de su propia trayectoria como sindicalista.<sup>14</sup> Desde el tono de su oratoria, más bajo y no confrontador, y su ropa, hasta el entorno que lo acompañaba en las imágenes de los programas electorales televisivos (HGPE), con sus equipos de futuros ministros sentados en mesas de trabajo.<sup>15</sup>

---

<sup>11</sup> Otra parte, mucho menor, y nucleada en algunas iglesias protestantes históricas, se posicionó activamente a favor de la candidatura de Lula, llegando a formar incluso Comités Evangélicos Pro-Lula en varios Estados del país (Mariano y Pierucci, 1992).

<sup>12</sup> El carácter católico de esa alianza (basado en los vínculos históricos del PT con las CEB o comunidades eclesiales de base, por ejemplo) era accionado de modo oscilante en las acusaciones, y sustituido en ocasiones por el calificativo de ateo en relación con el PT.

<sup>13</sup> Video disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=skVHeZ0OPdQ> (último acceso: 27/06/19).

La misma actriz, en 2018, y en relación con Bolsonaro, dijo "*Encontrei um cara doce, um homem dos anos 1950, como meu pai, e que faz brincadeiras homofóbicas, mas é da boca pra fora*" [Me encontré con un hombre dulce, un hombre de los años 50, como mi padre, y que hace chistes homofóbicos, pero es de la boca para afuera]. Fuente: Entrevista en Revista Veja, 26/10/2018. Disponible en: <https://veja.abril.com.br/entretenimento/regina-duarte-diz-que-bolsonaro-e-doce-e-homofobia-e-da-boca-pra-fora/> (último acceso, 21/6/19).

<sup>14</sup> En ese sentido, la frase “El sindicalista espanta”, de Duda Mendonça, publicista encargado de la campaña del PT en 2002, en el documental *Entreatos* (2004) en una conversación con Lula sobre qué decir y cómo actuar en los debates presidenciales, sintetizaba el objetivo de la coordinación de campaña.

<sup>15</sup> Brugnago y Chaia (2015) identifican para esa elección un intento del PSDB de instalar miedo a un eventual gobierno de izquierda y sostienen que Lula consiguió quebrar esa táctica a fuerza de un discurso moderado, de conciliación y de esperanza.

Asimismo, la propia selección de su compañero de fórmula presidencial, el empresario José Alencar, parecía un gesto encaminado a deshacer suspicacias sobre una radicalidad de izquierda encubierta detrás de la candidatura petista. Como ha analizado Motta (2000) en su estudio sobre el anticomunismo brasileiro, una característica reiterada en el imaginario social anticomunista a lo largo de la historia ha sido la presunción de que el comunismo esconde sus verdaderos objetivos ocultos e inconfesables bajo máscaras de seducción o de moderación. La selección de un empresario como candidato a vicepresidente neutralizaba esos supuestos.

La *Carta ao Povo brasileiro* (lanzado por la coordinación de la campaña de Lula en junio de 2002), por su parte, anunciaba un programa económico y financiero de continuidad y de cumplimiento de los “compromisos” (con leyes de “responsabilidad fiscal”, superávit, el pago de la deuda externa, cumplimiento de los contratos y mantenimiento de la relación con el FMI). La carta fue presentada en un contexto en el que, según Rubim (2003: 4), desde los mismos medios de comunicación se habría procurado constantemente extraer de los candidatos promesas de continuidad con la política económica vigente.<sup>16</sup>

Y, ya antes, en 2001, la presentación del documento *Um Outro Brasil é Possível* expresaba de modo bien sugerente la moderación discursiva del PT, apelando, por ejemplo, al rescate de la identidad nacional, y sería caratulado como un adiós al socialismo (Palermo, 2003: 28). El propio programa del PT para 2002 ni siquiera incluía la palabra socialismo. Paulo Vannuchi, director del *Instituto da Cidadania* –fundación brasileira que respondía a Lula y que había concebido gran parte de ese programa– justificaba esa ausencia del siguiente modo: “En el momento en que vas a hablar a millones de brasileros, no podés quedarte discutiendo si va a ser un capitalismo o un socialismo. Tenés que decir que van a tener escuela, zapatos, etc.” (*Folha de São Paulo*, 24/7/2002).

Pero, además, el largo proceso previo de transformaciones –tanto organizativas como discursivas y programáticas<sup>17</sup>– llevadas a cabo en el PT durante la conducción del

---

<sup>16</sup> Asimismo, el procedimiento de presentación pública de la carta omitió las instancias de discusión al interior del PT. La carta primero se lanzó públicamente desde la coordinación de campaña de Lula, y después fue aprobada como hecho consumado por las autoridades del PT. Lo ocurrido con la carta expresaba la aguda tensión que marcaba al PT en 2002, entre la necesidad, por un lado, de mostrar a ciertos actores del mundo financiero que un gobierno de Lula no significaba una ruptura amenazante para ellos, y, por otro lado, el perfil y base electoral y militante histórica del PT.

<sup>17</sup> Varios trabajos (Palermo, 2003; Power, 2008; Guidry, 2003; Lacerda, 2002; Ottmann, 2006; Meneguello y Amaral, 2008; Samuels, 2004) han analizado el proceso previo de viraje y transformación interna del PT ya desde la década del noventa, identificando una moderación del discurso político, una

partido por parte de José Dirceu es central para entender la reconfiguración de la imagen pública de Lula en la campaña de 2002. Para Rubim (2003), por ejemplo, el cambio de cara de Lula en 2002 –una de cuyas manifestaciones más palpables era el slogan “Lulinha paz e amor”– no constituyó una mera estrategia de marketing político de la campaña de 2002, sino que se había ido construyendo en los años previos desde adentro del partido, como producto de las experiencias de administración locales del PT y de las formulaciones por parte de la tendencia interna dominante.

Con el paso de los años de gobiernos del PT, y especialmente desde el escándalo del *Mensalão* y *Caixa Dois*,<sup>18</sup> el antipetismo, cuya asociación con un legado anticomunista parecía haberse desdibujado, se fue alimentando de otro elemento, la crítica a la corrupción. Así, se forjaba e iba adquiriendo vigor, dentro del sentimiento de rechazo al partido de gobierno, la idea de que el PT había llegado al Estado para robarse recursos públicos. Como ya ha sido subrayado (Rocca Rivarola, 2011; Almeida, 2019), el PT pierde así la bandera ética que había alimentado su autodefinición, demolida ésta frente a distintos escándalos –el posterior *Petrolão*, durante el gobierno de Dilma, acabará por detonar lo que quedaba de la misma–, en los que, asimismo, cabe mencionar, se repite un mecanismo: la “espectacularización selectiva” de aquellas aristas que involucraban a dirigentes del PT, con una atención mediática mucho menor al involucramiento de otras fuerzas partidarias y figuras políticas.

Esa crítica ganó fuerza también porque el escándalo deshacía en parte un discurso y un modo de autopresentarse del PT, sobre todo en los años '90, que se auto distinguía de las demás fuerzas partidarias en términos morales y en torno, justamente, a la corrupción, el patrimonialismo, etc. Y sustituyó fácil y rápidamente al otro clivaje porque los gobiernos petistas mostraban una y otra vez, mientras sacaban a millones de la pobreza, que no iban a afectar, por otro lado, a algunos intereses económicos, como el poder financiero o el *agronegocio*.

Durante los dos gobiernos de Lula (2003-2010), la propia composición del electorado afín al gobierno fue cambiando (y, por lo tanto, también, la del electorado opositor), algo que ha sido analizado por numerosos trabajos que advierten la ampliación del apoyo a Lula entre camadas más pobres (Singer, 2012; Samuels y

---

flexibilización de la política de alianzas, una transformación del perfil social de la base del PT, una autonomización de los liderazgos ejecutivos y legislativos respecto del partido, entre otros fenómenos.

<sup>18</sup> Las denuncias referían a dos supuestos mecanismos: por un lado, el pago de sobornos a legisladores de partidos aliados para que votasen afirmativamente por proyectos de ley impulsados por el gobierno (que fue denominado *Mensalão*); y, por otro, la existencia de una enorme suma oculta y no declarada de dinero para campañas del PT manejada por la tesorería del partido (que recibió el nombre de *Caixa 2*).

Zucco, 2014) y cierto derretimiento de la afinidad con el PT entre una parte de los sectores medios.

Por otro lado, los argumentos de Carreirão (2007) acerca de la transformación del electorado brasileiro podrían ser leídos como un insumo para nuestra hipótesis de trabajo acerca de cómo el elemento anticomunista pierde peso en este segundo momento del antipetismo: según el autor, la identificación ideológica en el voto disminuye entre 2002 y 2006.

Y en un sentido similar, aunque desde otro plano, el análisis de Azevedo (2018) sobre los editoriales de tres grandes diarios enfocados en el PT, resulta sugerente para la periodización que aquí se postula: a partir de los gobiernos del PT y hasta 2010, el encuadramiento dominante en esos editoriales ya no caracteriza al PT en términos ideológicos (es decir, como “radical” o “populista”, como sí lo habían hecho *O Globo* y *Estadão*, no así *Folha de São Paulo*, antes de 2002) sino que tiende a calificarlo más bien desde el punto de vista moral, como partido corrupto y dedicado al *aparelhamento* del Estado (es decir, al uso u ocupación político-partidaria del mismo).

La elección de 2010 estuvo a punto de polarizarse en base al clivaje político-ideológico –por ejemplo, a través del énfasis opositor en el pasado de militancia armada de Dilma Rousseff– y al religioso-moral, a partir de las acusaciones de que la candidata petista podría eventualmente querer despenalizar el aborto. Pero su firma, durante la campaña, de un compromiso explícito contra ese derecho con pastores evangélicos le garantizó el apoyo y la desactivación de ese conflicto en su vínculo con éstos. Pocos años después, la tensión con esos actores brotaría nuevamente por cuestiones como los derechos de la comunidad LGBT, la política educativa, etc., sobre todo con la rejerarquización política al interior del Congreso de algunas figuras clave del evangelismo como Marco Feliciano (diputado paulistano del Partido Social Cristiano), que llegó a presidir la Comisión de Derechos Humanos y Minorías, y Eduardo Cunha, devenido presidente de la Cámara de Diputados.

En síntesis, en el segundo momento, cuyos puntos exacto de inicio y fin tienen un carácter un tanto difuso, pero engloban, sin dudas, a los gobiernos de Lula y los primeros años de la presidencia de Dilma, el antipetismo se reconfigura. Pierde, temporalmente, como veremos, su propensión anticomunista y abraza como atributo esencial una crítica anticorrupción en la que la indignación en torno a la sucesión de escándalos sobre sobornos, dinero de campaña no declarado, y apropiación política de recursos públicos se canaliza en el PT y su dirigencia, y, con el paso de los años,



también se dirigirá contra el propio Lula, que inicialmente, en los albores de las denuncias del *Mensalão*, había sido menos alcanzado por ese rechazo. En el tercer momento, el rechazo al PT ya equivaldrá mucho más que antes a un antilulismo.<sup>19</sup>

La masificación de las manifestaciones de junio de 2013, instancia en la que las consignas iniciales de esas protestas se diversifican (y comienza a perfilarse de nuevo el antipetismo movilizad<sup>20</sup>), y la campaña de 2014, con el avance paralelo del proceso judicial contra dirigentes del PT y otros partidos, pueden ser pensadas como posibles bisagras hacia el tercer momento del antipetismo.

### *Tercer momento*

El tercer estadio del antipetismo, en el que éste aparece recrudescido y radicalizado, exhibe una combinación de los dos elementos que habían definido, respectivamente, al primer y segundo momento. Y, aunque comienza a cobrar forma en los años previos, desde 2013, encuentra un clímax en las elecciones de 2018.

Fueron la campaña electoral de Bolsonaro y su discurso los que acabaron por sellar una combinación radical de ambas vertientes o elementos previos del antipetismo. Bolsonaro tomó la ola anticorrupción, que había ido intensificándose en la última década, y la cadena de eslabones “*Mensalão-Lavajato*-causa judicial contra Lula-crisis del sistema” y la fusionó con aquel antipetismo de carácter antiizquierdista y anticomunista que había perdido verosimilitud desde 2002. En 2018 ese anticomunismo fue exitosamente reactivado, apropiándose así de -y canalizando- los brotes del mismo que venían proliferando de modo fragmentado desde 2013/2014.

El agudo resurgimiento en el debate público (o, mejor dicho, en la confrontación pública) de lo que algunos autores han denominado “el factor moral” (Oliveira, 2018), la agenda de “guerras culturales” (Solano, Ortellado y Moretto, 2017) o la consolidación de una “fuerza social moralmente reguladora” (Almeida, 2019) no constituye un elemento al margen de la trayectoria histórica del anticomunismo, como parece derivarse de algunos análisis sobre el ascenso de Bolsonaro.

Por el contrario, tal como se ve en la tesis de Motta (2000) sobre las distintas matrices en las que se gestaba y movilizaba el anticomunismo en los años '30 y '60 en Brasil, la agenda religiosa anticomunista ya postulaba al comunismo como una amenaza

---

<sup>19</sup> Para un análisis acerca de los puntos en los que se distinguen y se superponen el lulismo y el petismo, ver Samuels y Zucco (2014).

<sup>20</sup> Una comparación entre las manifestaciones de 2013 y las de 2015/2016 ya fue esbozada en un trabajo previo (Rocca Rivarola, 2019).

(una fuerza maligna) contra la familia, los valores tradicionales y el orden moral, social y religioso deseable para el conservadurismo. En esa lectura se enmarcan, por ejemplo, las “Marchas de la Familia con Dios por la Libertad” a inicios de los ’60, con la diferencia de que era entonces la Iglesia Católica (y no las evangélicas) la que convocaba esas movilizaciones.

En ese sentido, la agenda “moral” de pautas conservadoras, restrictivas de los derechos de las mujeres, de la comunidad LGBTI+, etc. motorizada por las iglesias evangélicas, su bancada en el Congreso y por el propio Bolsonaro, no hacía más que actualizar (decir *aggiornar* implicaría atribuirles erróneamente un carácter modernizante) las consignas de aquellas marchas y cruzada religiosa contra el divorcio, el sexo extramatrimonial, la homosexualidad, etc. Y tuvo correlatos semejantes en otros países de la región, desde la campaña anti-derechos a la comunidad gay por parte de la activista política y ex cantante Anita Bryant en Estados Unidos en los años ’70 (en un repliegue conservador que se profundizaría con la presidencia de Reagan), hasta la política represiva sobre las costumbres y la cultura en la Argentina del gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía (1966-1970).

Por lo tanto, esta agenda conservadora y hasta reaccionaria en torno a las costumbres y los valores tradicionales, aparentemente violentados durante los gobiernos del PT (o considerados en peligro de haber un retorno al poder de esta fuerza), no debe ser entendida de modo disociado del anticomunismo político que la campaña de Bolsonaro movilizó en 2018.

Como antecedentes, cabe mencionar que en la crisis y contexto de protestas de 2015 y 2016 (en las que la composición de manifestantes destacaba por su carácter mayoritariamente masculino, blanco, y de mayores ingresos y nivel educativo), ese clivaje ya estaba presente, tanto en los discursos a favor del proceso de *impeachment* en las Cámaras como en las consignas en la calle y en la producción de contenidos en las redes sociales digitales.<sup>21</sup>

Por ejemplo, en las repercusiones de la entrevista de Marcela Temer (esposa del presidente interino luego de la suspensión de Dilma) en la revista *Veja*, que se tituló “*bela, recatada e do lar*” [bella, recatada y de hogar], y que al principio suscitó una

---

<sup>21</sup> Algunos autores, como Mariano y Gerardi (2019) encuentran ya en 2013 una vigorizada confrontación en el ámbito del Congreso, como ya vimos, entre la bancada evangélica –que gana dimensiones y espacio político en la dirección de comisiones parlamentarias– y diputados y diputadas progresistas o de izquierda sobre la criminalización de la homofobia, los proyectos de una “cura” a la homosexualidad, la ampliación o restricción de los abortos no punibles, etc.

reacción de rechazo de muchas mujeres y activistas feministas a ese tipo de caracterización y sus implicancias, y luego motivó una contra-reacción por parte de Elizete Malafaia, esposa del pastor evangélico Silas Malafaia, en la que reivindicaba la condición de ser “mujer de familia” y ama de casa y promovía que otras mujeres se sumaran a mostrarse de ese modo.

Otro ejemplo se advertía en las consignas y carteles exhibidos en las manifestaciones callejeras contra la perspectiva pedagógica de Paulo Freire, denunciando un supuesto adoctrinamiento marxista en las escuelas. Ese rechazo se tradujo rápidamente en el proyecto “*Escola Sem Partido*”, que proponía restringir cualquier atisbo de activismo, discusión política o incluso alusiones a la misma en el ámbito educativo. En este tipo de ejemplo, la supuesta “protección de los niños” se inscribía en una explícita diatriba contra la izquierda. En otros casos, como la campaña contra el “kit gay” – distorsiva en su caracterización del mismo<sup>22</sup>, o los ataques a la bautizada “ideología de género” (término que refería, de modo caricaturesco, a la perspectiva de género, la problemática de identidades y la agenda de derechos de las mujeres), el anticomunismo estaba implícito, en tanto legado histórico de una agenda que se aprestaba a defender valores tradicionales contra el supuesto peligro de su degeneración.

Durante el gobierno Temer siguió alimentándose aquella cruzada por la familia, Dios y los valores, por ejemplo con una campaña –que llegó al borde del ridículo– contra el arte y la cultura que exhibieran desnudos, “escrachando” esos eventos o reclamando su suspensión y censura.

Pero fue Bolsonaro quien consiguió proponerse como encarnación de la reacción conservadora en ciernes, y formatear la crisis política y económica brasilera hacia una polarización de valores: familia, nación, Dios, heterosexualidad y jerarquías sociales versus una supuesta transgresión o cuestionamiento progresivo de los mismos por parte de los gobiernos petistas.

Como ese cuestionamiento de valores ni siquiera había sido un rasgo definitorio del período de administraciones del PT (en el que, de hecho, como vimos, el

---

<sup>22</sup> Lo que fue denominado por sus detractores como *kit gay* en la práctica consistía en una serie de materiales educativos impulsados por el Ministerio de Educación del gobierno de Rousseff en cooperación con organismos internacionales para combatir la homofobia en las escuelas, que finalmente fueron vetados por el Poder Ejecutivo. Los materiales que, años antes de su candidatura a presidente, el propio Bolsonaro mostró en televisión como parte de ese “kit”, para denunciar una supuesta “erotización de los niños”, ni siquiera habían formado parte de esos materiales propuestos.

evangelismo político había integrado por momentos la base oficialista)<sup>23</sup>, gran parte de la embestida antipetista de Bolsonaro en ese plano se montó sobre noticias falsas esparcidas en las redes y sobre predicciones de lo que podría ocurrir si el PT volvía a gobernar.

Otra vertiente del anticomunismo histórico (años '30 y '60 especialmente) relevada por Motta (2000) es el anticomunismo nacionalista, con especial gravitación al interior de las Fuerzas Armadas brasileras.

Ese tipo de anticomunismo, más directo y explícito, también plagó la campaña de 2018 y había comenzado, de modo similar a la matriz religiosa antes descrita, a perfilarse en la confrontación pública en los años previos.

La última etapa de las manifestaciones de 2013 ya había sido el escenario de confrontaciones callejeras entre manifestantes envueltos en banderas brasileras con quienes portaban algún tipo de iconografía partidaria de izquierda, con invocaciones, en un tono virulento, de que se fueran a vivir a Cuba (gobierno socialista) o instándoles, a veces con violencia, a que bajaran las banderas de sus organizaciones.

En la campaña para las elecciones de 2014, el miedo al comunismo (y todo lo que pudiera asociarse entre ese fantasma y el PT) ya reapareció de algún modo, aunque, como advierten Brugnago y Chaia (2015), infundido mucho menos por las coordinaciones de campaña o la dirigencia política que por el propio activismo.

En 2015 y 2016, el atuendo generalizado en las protestas, que ya habían asumido un carácter inequívocamente antipetista y pro-*impeachment*, era la camiseta de Brasil. Ello constituía una suerte de declaración pública de “nosotros somos la nación”, mientras que, a la par, como advierten Brugnago y Chaia (2015), los gobiernos petistas eran vistos como “usurpadores” de la nación brasileras, acusación que retomaron distintas figuras y “publicistas” del antipetismo (como Olavo de Carvalho, Reinaldo Azevedo, Diogo Mainardi y Rodrigo Constantino) que luego confluyeron, en 2018, en el apoyo a Bolsonaro (Motta, 2019).

---

<sup>23</sup> En relación con políticas de género, Dilma había tomado algunas medidas: jerarquizó las áreas de Igualdad de Razas y de la Mujer (creando el ministerio, que luego fue eliminado por Temer); determinó que los pagos de programas sociales fueran directamente a las mujeres (pudieran ser cobrados por ellas); y consagró derechos formales a las empleadas domésticas. Pero no avanzó en cuanto a garantizar una representación más igualitaria de las mujeres en las cámaras, y, aunque tuvo ministras mujeres, siempre fueron una minoría contrastante con la presencia masculina (en su segundo gobierno de Dilma, sobre 39 ministros, seis eran mujeres, y sólo una de ellas, negra). Y, sobre todo, mantuvo la continuidad del aborto penalizado o clandestino.

La propia cuestión de reivindicar los colores de la bandera brasilera como opuestos esencialmente al PT fue retomada en el uso de memes por parte de seguidores de Bolsonaro durante la campaña de 2018, para referirse sarcásticamente y con suspicacia al cambio de estética de la campaña de Haddad entre el primero y el segundo turno (de rojo a verde y amarillo). De nuevo, aparece la idea de la izquierda encubierta bajo falsas apariencias, algo que Motta (2000) atribuye a las imágenes típicas construidas desde el anticomunismo.

El anticomunismo nacionalista explícito se convirtió también en un distintivo central de la campaña oficial de Bolsonaro: en sus alusiones al Foro de San Pablo, a la relación de la política exterior de Lula y Dilma con Cuba y Venezuela<sup>24</sup>, pero también en aquella referencia mencionada a la bandera brasilera como opuesta al PT. En los jingles del HGPE, por ejemplo, se repetía, en una suerte de estribillo, “azul, blanca, amarilla y verde es nuestra bandera. Con fe en la fuerza del pueblo, ella jamás será roja [*vermelha*]”. Roja como la del PT, pero también roja en alusión al comunismo histórico, que sobrevolaba todo el contenido de la propaganda electoral de Bolsonaro, en la que sólo él parecía capaz de neutralizar esa amenaza.

Aquellas palabras parecían superponerse sugerentemente con las del discurso del Cardenal Leme en el Segundo Congreso Eucarístico de 1936 en Belo Horizonte:

¡Sellemos con ardor la decisión final de este Congreso! La hora que vivimos no admite actitudes disimuladas. ¡Entre la bandera roja que está organizando en todos lados el ejército de los Sin Dios, contra Dios, contra la familia y contra la Patria, contra todas las reservas morales de la humanidad; entre la bandera roja que mancha la tierra de sangre [...] entre el nuevo Barrabás, que destruye y mata, y nuestro Cristo que perdona y salva, Brasil tiene que escoger! (Citado en Motta, 2000: 45. Traducción propia)

Si bien, en la campaña de Bolsonaro en 2018, el PT no personificaba el demonio mismo (aunque sí se advertían analogías cercanas en la actividad de algunos de sus seguidores en las redes), sí aparecía asociado a la criminalidad (no su dirigencia condenada por corrupción, sino toda su militancia) que debía ser perseguida y hasta eliminada. En términos del propio Bolsonaro, en el video que grabó y transmitió durante un acto de apoyo a su candidatura en San Pablo:

---

<sup>24</sup> A ello podemos sumarle la proliferación, en los memes en las redes, de imágenes de la hoz y el martillo como iconografía representativa de aquello que se rechazaba y que Bolsonaro venía a frenar o destruir (en uno de ellos, literalmente, con un meme del candidato portando una escopeta con la que le disparaba a ese dibujo pegado en una puerta). Motta (2019) también refiere al retorno de ese tipo de iconografía en la campaña de 2018.

Perdieron ayer, perdieron en 2016 [*impeachment*] y van a perder la semana que viene de nuevo. Sólo que la limpieza ahora será mucho más amplia. [...] O se van del país o van a la cárcel. Estos marginales rojos serán desterrados de nuestra patria.<sup>25</sup>

Asimismo, durante las semanas de campaña, Bolsonaro profirió amenazas varias, como “vamos a fusilar a toda la *petralhada*<sup>26</sup>”. Y ello tendría un correlato brutal en las calles, con grupos de seguidores del candidato protagonizando ataques físicos, amenazas e intimidación contra militantes y simpatizantes del PT<sup>27</sup>, de otras organizaciones afines e incluso hacia personas no organizadas políticamente pero identificadas como parte de grupos sociodemográficos que habían sido blanco de los agravios del candidato (por su orientación sexual, género, etc.).

El anticomunismo de matriz nacionalista podía ser interpretado incluso en la propia reivindicación de la tortura y del golpe del '64 por parte de Bolsonaro (ex capitán), si tomamos en cuenta, siguiendo con los argumentos de Motta (2000), la atracción que el anticomunismo ejerció históricamente dentro del ejército y la narrativa que acompañó al golpe militar contra el presidente João Goulart y, luego, a la dictadura.

Una particularidad de Bolsonaro en relación con los años previos es su énfasis en autodefinirse explícitamente en términos ideológicos, como un candidato de derecha, algo que se replicó parcialmente en la actividad de sus seguidores en las redes, y que, como advierten algunos trabajos (Pousadela, 2007; Almeida, 2019), no constituía un modo tan común de autorreferencia valorada en la política brasilera pos-democratización.

Sin embargo, el discurso, las imágenes y los mensajes movilizados por Bolsonaro y su campaña en 2018 no se limitaron a esta matriz o matrices anticomunistas. En el marco de una recesión ya pronunciada, también se refería al desempleo –como lo hacía el nazismo en plena crisis de la República de Weimar entre 1930 y 1932, con un pico aquel año de seis millones de parados. Abordaba así una

---

<sup>25</sup> Video disponible en: <https://videos.bol.uol.com.br/video/bolsonaro-diz-que-se-eleito-marginais-vermelhos-serao-banidos-da-patria-04024D983372D4A96326> (Último acceso el 28/11/18).

<sup>26</sup> El neologismo *petralha* fue acuñado por Reinaldo Azevedo, bloguero conservador y autor del libro “El país de los *petralhas*”. Se trata de un juego de palabras que combina los términos *petista* (miembro del PT) y *metralha*, en referencia a los “hermanos *Metralha*”, nombre que se le dio en Brasil a los personajes criminales de Walt Disney, *The Beagle Boys*. Esta definición de la palabra puede consultarse en Couto (2015).

<sup>27</sup> Desde carteles con la consigna “el buen petista es el petista muerto” circulando en autos de votantes de Bolsonaro, hasta relatos, recogidos en la prensa gráfica y en las redes sociales, de diversas agresiones verbales y físicas en la vía pública.

cuestión acuciante<sup>28</sup>, ante la que sugería, en el HGPE, la necesidad de una flexibilización laboral, bajo el eufemismo de “desburocratizar el mercado de trabajo”. Tomaba como ejes de campaña, asimismo, la inseguridad y criminalidad –cuyo peso en las preocupaciones de la sociedad brasilera puede ser relacionado, por ejemplo, con el inédito crecimiento de la elección de miembros (o ex integrantes) de la policía y de las fuerzas armadas en legislaturas a nivel estadual y municipal.<sup>29</sup>

Y, sobre todo, Bolsonaro explotó, en combinación con su anticomunismo, el otro elemento del antipetismo que había ido germinándose durante el ciclo de gobierno del Partido de los Trabajadores y nunca se había licuado: el rechazo a la corrupción. Lo empleó, en este caso, alimentando un fenómeno que ya no era una mera reacción conservadora, sino que se desplegaba como una suerte de promesa de transformación y revuelta contra “la crisis moral y ética” y contra “la vieja política”. Así, logró presentarse como un *outsider* de la política (aun habiendo sido diputado durante casi tres décadas) y absorber aquel sentimiento antipartidario que distintos trabajos ya mencionados han identificado ya en el seno de las movilizaciones antipetistas de 2013, y 2015 en adelante. Y acumuló para sí, como una fuerza centrípeta, el voto antipetista de 2014<sup>30</sup>, además de otro más fluctuante e incluso nuevo (jóvenes que ni siquiera habían participado de las manifestaciones pro-*impeachment*).

#### IV. Epílogo e interrogantes finales

---

<sup>28</sup> Entre 2014 y 2016 el desempleo casi se había duplicado, y en abril de 2018 ya alcanzaba un 13,1%.

<sup>29</sup> El número de policías y militares (según como se declararon a sí mismos al registrarse como candidatos) electos para los distintos niveles legislativos (senado, diputados, asambleas estaduais y cámaras municipales) fue, en 2018, cuatro veces mayor que en 2014 (saltó de 18 a 73), y la mitad era del PSL, el partido de Bolsonaro.

En una reflexión que podríamos relacionar con ese punto, Salas Oroño (2018) alude en un artículo de opinión al retroceso en la socialización democrática que implicó el ascenso de Bolsonaro (y su fórmula presidencial con otro militar, el General Mourão), en términos del retorno de la figura de los militares a un primer plano de la escena política, luego de años de generaciones de jóvenes que no necesitaron construir sus referencias políticas teniendo en cuenta la tutela simbólica y práctica de los militares sobre el sistema político.

<sup>30</sup> En varios Estados, como Roraima, Río de Janeiro, Santa Catarina y Mato Grosso, Bolsonaro obtuvo un resultado idéntico o casi idéntico al que habían conseguido, sumados, Aécio Neves y Marina Silva en 2014. En otros términos, Bolsonaro aglutinó esos dos focos de voto antipetista, canalizando un rechazo antipetista presente en las manifestaciones de 2015 y 2016, y que en las elecciones municipales de 2016 todavía no se había dirigido hacia un único partido.

Esta ponencia ha recorrido algunas mutaciones que el antipetismo experimentó entre las campañas electorales presidenciales de 1989 y 2018, identificando tres momentos, con sus respectivos rasgos característicos e hitos.

Se ha argumentado aquí que el antipetismo en 1989 se nutría de un anticomunismo y miedo a la izquierda que, en años posteriores, y sobre todo, con el triunfo de Lula en 2002, iría perdiendo fuerza y diluyéndose.

El elemento característico del segundo momento, entonces, pasó a ser la crítica a la corrupción, que postulaba una imagen del PT como organización orientada a la apropiación de recursos públicos para su propia supervivencia en el poder.

La crisis política materializada en el ciclo de manifestaciones callejeras iniciadas en 2013 y, luego, con la destitución de Dilma Rousseff, fue el terreno de reaparición incipiente de aquel elemento antes desdibujado dentro del antipetismo. Pero fue en 2018 que la campaña de Jair Bolsonaro fusionó de modo radical ambas vertientes o elementos, el anticomunismo y el rechazo a la corrupción, proponiéndose como encarnación de ambos sentimientos y reconfigurando la crisis política y económica hacia una serie de imágenes, valores y enconos.

Un debate que difícilmente pueda ser saldado en este trabajo es cuánto la agenda más radical o extrema de Bolsonaro penetró en su electorado y en sus seguidores activos en las redes.

En otros términos, cuánto el discurso moralmente conservador o reaccionario movilizado por distintos actores político-religiosos, entre ellos el propio Bolsonaro, que se convirtió en su adalid, se tradujo en un sentimiento generalizado en sus seguidores – o, incluso, si puso en palabras algo ya latente y poco vocalizado públicamente en el pasado, por ejemplo, la homofobia.

Sin procurar resolver ese interrogante, sobre el cual ya han comenzado a avanzar estudios empírico-cuantitativos como la encuesta coordinada por Moretto y Ortellado<sup>31</sup> –quienes advierten en electores de Bolsonaro, como vimos, pautas conservadoras, e incluso un antagonismo con movimientos identitarios como el feminismo–, un recorrido propio por la actividad de seguidores y seguidoras (de distintas edades y provenientes

---

<sup>31</sup> *Pesquisa com eleitores e não eleitores de Jair Bolsonaro, São Paulo, março-abril de 2019.* Monitor das Ruas. Grupo de Pesquisa em Políticas Públicas para o Acesso à Informação (GPoPAI-USP). Disponible en: <http://www.monitordigital.org/pesquisa/pesquisa-com-eleitores-de-bolsonaro-marcoabril-de-2019/> (Último acceso: 27/6/2019).



de diferentes Estados de Brasil) del candidato en *Facebook* durante su campaña de 2018 sugiere dos observaciones.

En primer lugar, que el voto a Bolsonaro puede haber requerido, en cada caso, un armado personal y selectivo de sus atributos y perfil político, eligiendo reivindicar como fundamentación de la opción electoral una combinación personalísima de elementos. Cada elector proyectó, en la imagen que se forjó de él, dosis diferentes de esos elementos del antipetismo con otros discursos incluso más potentes (sobre el desempleo, la inseguridad, etc.). Cada voto expresaría, entonces, una construcción con proporciones diferentes de esos elementos.

En la actuación de sus seguidores y seguidoras en las redes, por ejemplo, predominaban, por supuesto, las alusiones religiosas, a Dios, a sus bendiciones, y a la consigna que Bolsonaro popularizó “*Brasil acima de tudo, Deus acima de todos*”, y que combinaba de modo categórico las dos matrices del anticomunismo a las que nos hemos referido aquí tomando a Motta (2000).

Cada tanto, por otro lado, aparecía allí alguien que se presentaba como parte de esos grupos socio-demográficos que Bolsonaro había atacado, enfatizando su condición para luego manifestar su apoyo: “soy mujer”, “soy gay y voto 17”, como si su propia opción política demostrara, por sí misma, que el candidato en realidad no representaba una amenaza a esos sectores. En otros casos, las y los seguidores de Bolsonaro llenaban sus muros de memes sarcásticos sobre la corrupción del PT, o sobre la dependencia de Haddad respecto de Lula.

Pero algo particularmente interesante ocurría cuando uno de sus seguidores comentó, ante un posteo del candidato, que éste debía hacer una autocrítica por frases “malas” y “antiguas” sobre las que “se sabe que cambió de parecer”. Debajo, una catarata de comentarios le respondía. Estaban quienes acordaban con su pedido. Pero también quienes decían “nadie es perfecto” o “¿nunca hablaste de más por estar nervioso?”. O que nadie lo votaría si fuera “paz y amor”. Y predominaba el elogio a la “originalidad” y sinceridad de Bolsonaro. Después de todo, como agregaba otro, “el mito es el mito”.

En otros términos, había quienes lo votaban por su lenguaje, su apelación de *outsider* de un sistema político desprestigiado, y descreían de las acusaciones (o bien creían que se trataba de opiniones antiguas y abandonadas por Bolsonaro). Pero también estaban quienes tomaban sus declaraciones más racistas, misóginas, homofóbicas, pro-tortura y dictadura como un rasgo de honestidad y autenticidad.

Eso nos lleva a la segunda observación: como ya han advertido otros analistas (Dunker, 2019), en el apoyo a Bolsonaro, el énfasis estaba colocado, en muchos casos, más en sus modos de enunciación que en el contenido del mensaje. Algo similar analiza Mosse (2007) para la retórica nazi en los años '20 y '30, antes de la llegada de Hitler al poder. El autor afirma que esos discursos no eran tanto una exposición de una ideología como una liturgia en sí mismos. Es decir, que muchas veces parecía ser más importante el entorno y la ceremonia que había alrededor del discurso que el contenido del mismo.

Desde su asunción como presidente, Bolsonaro ha recurrido de modos diversos, intermitentes y hasta oscilantes a los elementos del antipetismo que esta ponencia analizó

Por un lado, a través de mensajes inflamados de él mismo y de integrantes de su gabinete (como la ministra de la Mujer, Familia y Derechos Humanos, Damare Alves; el ministro de Educación, Abraham Weintraub, y el canciller Ernesto Araújo) acerca de la educación sexual; la identidad de género; el rol de las mujeres; el “marxismo cultural” en las relaciones internacionales; la autonomía de las y los docentes para expresar sus opiniones políticas o declarar, en las redes sociales, su participación en manifestaciones callejeras; la caracterización del nazismo alemán como un movimiento de izquierda; y hasta la negación del carácter del golpe de 1964.

Por otro, a través del mantenimiento de la retórica anticorrupción, pero esta vez, simultáneamente, con una paralela catarata de escándalos que han involucrado a los propios hijos del presidente, sus colaboradores/as e integrantes de su propio partido y, recientemente, a su ministro de Justicia, en un caso cuyas repercusiones aún no parecen haber alcanzado todo su potencial.

Resta ver cómo su bloque de alianzas, que Goldstein (2019) ha caracterizado como sostenida por cuatro actores –militares, evangelismo, propietarios/terratenientes y mercados financieros–, reconfigurará la articulación entre las dos dimensiones o vertientes del antipetismo o le agregará nuevas aristas.

## V. Bibliografía citada

Almeida, R. de (2019). “Bolsonaro presidente. Conservadorismo, evangelismo e a crise brasileira”, *Novos Estudos-CEBRAP*, 38 (1), jan-abr, pp.185-213.

- Azevedo, F.A. (2018). “PT, eleições e editoriais da grande imprensa”. *Opinião Pública*, 24 (2), maio-agosto, pp. 270-290.
- Boito, A. y Saad-Filho, A. (2016). “State, State Institutions, and Political Power in Brazil”. *Latin American Perspectives*, 43 (2), pp. 190-206.
- Borba, F. de M. y Medeiros, L. de S. (15-17 de maio, 2019). “O HGPE e a democracia brasileira: As eleições de 2014 e 2018 em perspectiva comparada”. VIII Congresso da Associação Brasileira de Pesquisadores em Comunicação e Política, Universidade de Brasília (UnB).
- Borges, A. y Vidigal, R. (2018). “Do lulismo ao antipetismo? Polarização, partidarismo e voto nas eleições presidenciais brasileiras”. *Opinião Pública*, 24 (1), pp. 53-89.
- Braga, M. do S. y Casalecchi, G. A. (2016). “Vencedores e perdedores nas eleições presidenciais de 2014: o efeito da derrota nas urnas sobre a satisfação e o apoio em relação à democracia no Brasil”. *Opinião Pública*, 22 (3), pp. 550-568.
- Brugno, F. y Chaia, V. (2015). “A nova polarização ideológica da direita no mundo contemporâneo do Facebook”. *Aurora: Revista de Arte, Mídia e Política*, 7 (21), out.2014-jan. 2015, pp. 99-129.
- Carreirão, Y. de S. (2007). “Identificação ideológica, partidos e voto na eleição presidencial de 2006”. *Opinião Pública*, 13 (2), pp. 307-339.
- Cavalcante, S. (2015). “Classe média e conservadorismo liberal”. En: Cruz, S. V. ; A. Kaysel; G. Coda (orgs.). *Direita, Volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo. Pp. 177-197.
- Couto, C. G. (2015). “Cambios y continuidades en la política brasileña reciente”. En: Tagle, S. G. (Ed.). *Alternativas para la democracia en América Latina*. México: Colegio de Mexico/ Instituto Nacional Electoral. Pp. 291-335.
- Delcourt, L. (2016). “Um Tea Party tropical: a ascensão de uma “nova direita” no Brasil”. *Lutas Sociais*, 20 (36), jan./jun., pp.126-139.
- Dunker, C.I.L. (2019). “Até onde vai seu antipetismo?”. *Blog da Boitempo*. 16 de maio.
- Filomena, C. L. (2008). “A gênese da construção do discurso antipetista. Análise da eleição para governador do Estado do Rio Grande do Sul no ano de 1994”. *Civitas*, 8 (2), pp. 283-299, maio-ago.
- Firmino (23-25 de maio, 2016). “Conservadorismo liberal e classes médias: uma análise do “Vem Pra Rua” e do “Movimento Brasil Livre””. Anais do X Seminário de Estudos do Trabalho: Trabalho, Crise e Políticas Sociais na América Latina. UNESP/Marília.
- Galvão, A. y Tatagiba, L. (26-28 julho, 2017). “Análise do confronto político no Brasil (2011-2016)”. 9no Congresso Latino-americano de Ciência Política da ALACIP, Montevideo.
- Girelli, L. S. (2018). “Discursos contra Lula e o PT: expressões do ódio no cenário político brasileiro no pré-impeachment de Dilma Rousseff”. *Revista Ideologando*, 2 (2), pp. 27-47.
- Goldstein, A. A. (2019). “The New Far-Right in Brazil and the Construction of a Right-Wing Order”. *Latin American Perspectives*. 46 (4), pp. 245-262.
- Guidry, J. A. (2003). “Not just another labour party. The workers’ party and Democracy in Brazil”. *Labor Studies Journal* (West Virginia University Press), 28 (1), pp. 83-108.
- Kaysel, A. (2015). Regressando ao Regresso: elementos para uma genealogia das direitas brasileiras. En: Cruz, S. V. ; A. Kaysel; G. Coda (orgs.). *Direita, Volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo. pp. 49-74.
- Hunter, J. D. (1991). *Culture Wars: The Struggle To Control The Family, Art, Education, Law, And Politics In America*. New York: Basic Books.
- Hunter, W. y Power, T. (2019). “Bolsonaro and Brazil’s Illiberal Backlash”. *Journal of Democracy*, 30 (1), January, pp. 68-82.
- Lacerda, A. F. de (2002). “O PT e a Unidade Partidária como Problema”. *DADOS, Revista de Ciências Sociais*, 45 (1), pp. 39-76.
- Lacerda, F. (2017). *Pentecostalismo, Eleições e Representação Política no Brasil contemporâneo*. Tese de Doutorado em Ciência Política. Universidade de São Paulo. São Paulo.
- Mariano, R. y Gerardi, D.A. (2019). “Eleições presidenciais na América Latina em 2018 e ativismo político de evangélicos conservadores”. *Revista USP*, 120, jan-fev-mar, pp.61-76.

- Mariano, R. y Pierucci, A. F. (1992). “O envolvimento dos pentecostais na eleição de Collor”. *Novos Estudos*, 34, pp. 92-106.
- Meneguello, R. y Amaral, O. (2008). “Ainda novidade: uma revisão das transformações do Partido dos Trabalhadores no Brasil”. *BSP Occasional Papers 02-08*, Oxford.
- Messenberg, D. (2017). “A direita que saiu do armário: a cosmovisão dos formadores de opinião dos manifestantes de direita brasileiros”. *Revista Sociedade e Estado*, 32 (3), Setembro-Dezembro, pp.621-647.
- Miguel, L. F. y Coutinho, A. de A. (2007). A crise e suas fronteiras: oito meses de “mensalão” nos editoriais dos jornais. *Opinião Pública*, 13 (1), junho. Pp. 97-123.
- Mosse, G. (2007). *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas hasta el Tercer Reich*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Motta, R. P. S. (2000). *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil (1917-1964)*. Tese de Doutorado em História Econômica. Universidade de São Paulo, São Paulo.
- (2019). “Anticomunismo e antipetismo na atual onda direitista”. Em: Bohoslavsky, E.; R. P. S. Motta e S. Boisard. *Pensar as direitas na América Latina*. São Paulo: Alameda Editorial. 526 p.
- Oliveira, R. P. (2018). “A refundação do antipetismo”. *Revista Forum*. 14 de outubro.
- Ortellado, P. y Solano, E. (2016). “Nova direita nas ruas? Uma análise do descompasso entre manifestantes e os convocantes dos protestos antigoverno de 2015”. *Perseu*, 7 (11), pp. 169-180.
- Ottmann, G. (2006). “Cidadania mediada. Processos de democratização da política municipal no Brasil”. *Novos Estudos*, 74, Março, pp. 155-175.
- Paiva, D.; Krause, S. y Lameirão, A. P. (2016); “O eleitor antipetista: partidarismo e avaliação retrospectiva”. *Opinião Pública*, 22 (3), pp. 638-674.
- Palermo, V. (2003). “El PT desde la oposición al gobierno y las gestiones de Fernando Henrique Cardoso”. En: Palermo, V. (comp.). *Política brasileña contemporánea. De Collor a Lula en años de transformación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pereira, A. A. (22-24 de junho, 2017). “A nossa bandeira jamais sera vermelha: a luta contra as esquerdas em 1964 e 2016”. XXII Congresso de Ciências da Comunicação na Região Sudeste – INTERCOM. Volta Redonda.
- Pousadela, I. (2007). “Argentinos y brasileños frente a la representación política”. En: Grimson, A. (comp.). *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: EDHASA.
- Power, T. (2008). “Centering Democracy? Ideological Cleavages and Convergence in the Brazilian Political Class”. En: Power, T. y P. Kingstone (Eds.). *Democratic Brazil Revisited*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Prandi, R.; Santos, R. W. y Bonato, M. (2019). “Igrejas evangélicas como máquinas eleitorais no Brasil”. *Revista USP*, 120, jan-fev-mar, pp. 43-60.
- Ramos, E. B. (2017). Política, preconceito, ideologia e antipetismo nas páginas de direita do Facebook no ano eleitoral de 2014. *Albuquerque: Revista de História*, 9 (17), jan-jul, pp. 206-236.
- Ribeiro, E.; Carreirão, Y., y Borba, J. (2016). “Sentimentos partidários e antipetismo: condicionantes e covariantes”. *Opinião Pública*, 22 (3), pp. 603-637.
- Rocca Rivarola, D. (2011). En torno al líder: Relaciones y definiciones de pertenencia dentro de los conjuntos oficialistas de Luiz Inácio Lula Da Silva (2002-2006) y Néstor Kirchner (2003-2007). Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.
- (2019). “Tres momentos de la movilización política reciente en Brasil (2013-2016)”. En: Lucca, J. B.; E. Iglesias y C. Pinillos (comps.). *Política brasileña en español. De la crisis al impeachment*. Paraná: EDUNER
- Rubim, A. A. C. (2003). “Cultura e política na eleição de 2002: as estratégias de Lula presidente”. XII Encontro Anual da Associação Nacional dos Programas de Pós-Graduação em Comunicação (COMPÓS), Recife/PE.
- Salas Oroño, A. (2018). “La victoria de Bolsonaro y las generaciones políticas”. *Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad*, nov. 2018-enero 2019.

- Samuels, D. (2004). "From Socialism to Social Democracy: Party Organization and the Transformation of the Workers' Party in Brazil." *Comparative Political Studies*, 37 (9), November, pp. 999-1024.
- y Zucco, C. (2014). "Lulismo, Petismo, and the Future of Brazilian Politics". *Journal of Politics in Latin America*, 6 (3), pp. 129-158.
- (2018). *Partisans, Antipartisans, and Nonpartisans. Voting behavior in Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Santos Jr., M.A. dos (2016). *Vai para Cuba!!! A Rede Antipetista na eleição de 2014*. Tese de Mestrado em Comunicação, Universidade Federal Fluminense, Niterói.
- Silva, T. M. da y Lentz, R. (2018). "O antipetismo como herança do anticomunismo". *Nexo Jornal*. 11-Outubro.
- Silveira, S. A. (2015). "Direita nas redes sociais online". En: Cruz, S. V. ; A. Kaysel; G. Cudas (orgs.). *Direita, Volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo. Pp. 213-230.
- Singer, A. (2012). *O sentidos do lulismo. Reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia das Letras.
- (2018). *O lulismo em crise. Um quebra-cabeça do período Dilma (2011-2016)*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Solano, E.; Ortellado, P. y Moretto, M. (2017). "Guerras culturais e populismo antipetista nas manifestações por apoio à Operação Lava Jato e contra a reforma da previdência". *Em Debate* (Belo Horizonte), 9 (2), ago., pp. 35-45.
- Sousa Jr, W. de (2019). "O cenário da Segunda Guerra Fria e os atores das eleições de 2018". En: Costa, C. y P. Blanco (orgs.). *Liberdade de expressão e campanhas eleitorais. Brasil 2018*. São Paulo: ECA-USP. Pp. 76-109.
- Tatagiba, L.; Trindade, T. y Teixeira, A. C. C. (2015). "Protestos à direita no Brasil (2007-2015)". En: Cruz, S. V. ; A. Kaysel; G. Cudas (orgs.). *Direita, Volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo. Pp.197-212.
- Telles, H. (2016). A direita vai às ruas: o antipetismo, a corrupção e democracia nos protestos antigoverno. *Ponto e Vírgula – PUC SP*, 19, Primeiro Semestre, pp. 97-125.
- Villazón, J. C. (2015). "Velhas e novas direitas religiosas na América Latina: os evangélicos como fator político". En: Cruz, S. V. ; A. Kaysel; G. Cudas (orgs.). *Direita, Volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo. Pp.163-175.
- Vicente, J. G. y Azevedo, M. L. de (2018). "Jornadas de Junho: Polarização, Fanatismo e as Mudanças no Cenário Político no Brasil". *Khora. Revista Transdisciplinar*, 5 (6).
- V.V.A.A. (2018). "Bots e o Direito Eleitoral Brasileiro nas eleições de 2018". Policy Paper 3, Observa2018, Sala de Democracia Digital. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas, Diretoria de Análise de Políticas Públicas (FGV-DAPP).